Los padres de familia y la educación de sus hijos ante el reto de la pandemia

Enrique Medina Vidaña

Como una experiencia reiterada en el sector educativo, en todos los tipos y niveles educativos, desde la educación inicial, hasta el posgrado inclusive, pasando por el preescolar, la primaria, la secundaria, el bachillerato y la licenciatura, la participación de los padres de familia en la educación de sus hijos y en la colaboración con las escuelas ha sido una necesidad parcialmente satisfecha; es decir, en muchas escuelas, dependiendo del liderazgo del director o de los maestros, de la cultura del contexto escolar o del propio interés de los padres o tutores de los alumnos, la comunicación, la participación y la colaboración de ellos con las escuelas ha sido muy buena, a veces buena o regular y otras de plano escasa o nula.

Hasta antes de la emergencia sanitaria, declarada por los gobiernos y organismos de salud, a nivel nacional y mundial, por la pandemia del COVID-19, los padres de familia entendían que la obligación de educar; entiéndase, planear didácticamente el curriculum, abordar los contenidos educativos, propiciar el proceso de enseñanza-aprendizaje, evaluar los logros y desempeños de los estudiantes y reportar administrativamente una calificación, era responsabilidad de los maestros y los directivos de las escuelas, mientras que a ellos les tocaba mandar a los hijos o pupilos a la escuela, estar al tanto de sus uniformes y materiales educativos, forrar los libros, revisar de vez en vez las tareas, asistir a las reuniones convocadas por la asociación de padres, la autoridad escolar o tal vez por el maestro de grupo; y en su caso, hacer aportaciones voluntarias en efectivo o en especie para atender alguna necesidad material o de infraestructura de la escuela, pero hasta ahí, lo que para algunos de ellos ya era demasiado.

Sin embargo, de manera sorpresiva, entre febrero y marzo del año en curso, los padres de familia se vieron enfrentados a una realidad totalmente diferente, pues ya no podían llevar a los hijos a la escuela y ahora tendrían que tenerlos en casa y asegurarse de que siguieran haciendo sus actividades escolares, resolviendo tareas y aprendiendo lo establecido en los planes y programas de estudio, en lo posible con el auxilio y guía de los maestros, pero en modalidad a distancia. Adicionalmente, tendrían que cuidar de la salud de toda la familia, en confinamiento y con las medidas sanitarias declaradas por la autoridad de salud.

Cabe decir que, la mayoría de padres de familia, con excepción de los que son maestros y de algunos otros proactivamente interesados, no sabían qué tantas actividades y tareas tenían que llevar a cabo sus hijos durante la jornada escolar, mucho menos cuáles eran los contenidos teóricos y/o prácticos que habría que desarrollar, las estrategias o técnicas didácticas por aplicar o la forma en que deberían apoyar a sus hijos en sus estudios; así pues, esos primeros días, entre marzo y abril, la situación fue caótica, pues no había claridad en cómo es que los padres de familia tenían que proceder para guiar a sus hijos y sacar avante el ciclo escolar.

La situación fue sumamente difícil para los padres de familia, pero también para los maestros, quienes de pronto tuvieron que salir de su zona de confort y en lugar de tener

un grupo de alumnos concentrados y cautivos en sus aulas, ahora los tenían todos desperdigados en sus hogares y muchos sin posibilidades de comunicación, pues sus padres no les podían proveer de teléfonos celulares o computadoras con Internet para intentar una educación a distancia. Muy pronto los maestros y el sistema escolar en su conjunto tuvieron que adaptarse de manera emergente y se fueron generando guiones de trabajo y cuadernillos de apoyo que se fueron distribuyendo entre las familias para sacar adelante la actividad educativa y evitar la pérdida del ciclo escolar.

Así, ante la continuidad de la pandemia, el rol de los padres de familia se vuelve crucial para que los hijos sigan cumpliendo con sus obligaciones escolares; sin embargo, es evidente que requieren de apoyos, además de tiempo, pues tienen que salir a trabajar y organizar a la familia para que, además de llevar a cabo sus rutinas diarias, transforme el hogar en un espacio escolar, con los dispositivos y materiales necesarios para que los hijos puedan estudiar, hacer sus tareas y enviarlas a sus maestros por medios electrónicos y recibir la retroalimentación necesaria. Sin duda, habrá que capacitar a los padres de familia para que sean mejores educadores, sin sustituir la responsabilidad de los maestros y las escuelas, quienes tienen que seguir adaptándose a la nueva normalidad educativa, mientras sea necesario.